



El fin del presidencialismo y la parálisis de México

Nuestra transición democrática —que ya se está demorando mucho más de lo previsto pero esto es, justamente, parte del problema— no es entonces una oportunidad de futuro ni un ejemplo de modélica convivencia, sino tan sólo una ocasión caída del cielo para ejercer el más abusivo oposicionismo en un entorno de presunta competencia democrática

Imaginen ustedes, estimados lectores, que el jefe del Ejecutivo intentara, en estos momentos, celebrar un acuerdo de libre comercio con los Estados Unidos. Misión imposible. O que pretendiera privatizar la gran empresa telefónica estatal. Sueño guajiro. O que quisiera subir el IVA a 15 por ciento. Suicidio político. Son cosas, sin embargo, que ya han ocurrido, que ya se han hecho. ¿Cuál es la diferencia? Pues, que los poderes del presidente de la República están ahora absolutamente acotados siendo que, curiosamente, nuestro sistema político fue diseñado, en su momento, para asegurar la preeminencia de un presidencialismo cuya preponderancia no se sustentaba realmente en un entramado institucional sino en la mera existencia, paralela y simultánea, de un partido hegemónico, ese PRI avasallador cuyas jurisdicciones no sólo se entremezclaban con las del Gobierno sino con las del propio Estado.

Hoy, por el contrario, vivimos un extraño régimen de cohabitación, por así decirlo, donde un Congreso oportunista por vocación y mezquino por conveniencia tramita, a su aire, los grandes asuntos nacionales y aprovecha, muy astutamente, las nuevas prerrogativas de que dispone por cuenta de su novedosa pluralidad. Nuestra

transición democrática —que ya se está demorando mucho más de lo previsto pero esto es, justamente, parte del problema— no es entonces una oportunidad de futuro ni un ejemplo de modélica convivencia sino tan sólo una ocasión caída del cielo para ejercer el más abusivo oposicionismo en un entorno de presunta competencia democrática. En tales circunstancias, diputados y senadores no buscan garantizar el equilibrio entre los Poderes —ni mucho menos solventar los más apremiantes trámites legislativos y contribuir con ello a la buena marcha de la nación— sino meramente entorpecer las iniciativas de

un presidente al que no hay que dejar gobernar. El éxito en la gestión del primer mandatario no significa la bonanza de México sino la derrota de sus opositores en las próximas elecciones. El fin del presidencialismo funcional ha agitado el avispero y la consigna universal es la oposición, por principio, a cualquier cambio. Todo esto en un ambiente de interesada restauración de los antiguos dogmas y “valores” que, en su condición de principios constanciales a una mexicanidad tan nebulosa como perentoria, sirven para rechazar, una y otra vez, cualquier atisbo de modernidad.

Tenemos así un país paralizado o, en todo caso, que se mueve con

extrema lentitud y que no logra atender los asuntos más apremiantes. Un país que no resuelve las exigencias fundamentales de sus ciudadanos y que, luego de 100 días de plazo para dar respuesta al tema de la inseguridad pública, no se pone de acuerdo siquiera para crear una Policía Nacional o para sanear el Ministerio Público. Un país de retóricas y no de acciones concretas. Un país donde no es posible construir aeropuertos ni carreteras porque su vocación es la inmovilidad y el rezago. Un país que gasta sus cartuchos en politiquerías estériles. Un país secuestrado por las minorías al tiempo que el Estado renuncia, de manera escandalosa, a ejercer sus primerísimas responsabilidades. Un país donde ya nadie puede tomar grandes decisiones porque cualquier iniciativa se vuelve, de inmediato, botín político de los grupos de interés.

Felipe Calderón ha gobernado durante dos años. Pero, no ha tenido, ni lejanamente, los recursos de que disponían los mandatarios priistas del antiguo régimen. Carlos Salinas alcanzó todavía a realizar grandes transformaciones. Y, sobre todo, Vicente Fox llegó al poder con un inmenso capital político que le hubiera permitido, en una circunstancia única en la historia moderna de México, poner la casa



en orden y sentar las bases para un futuro verdaderamente promisorio. El hombre, sin embargo, nunca reconoció sus inmensas responsabilidades y jamás se enteró de la trascendencia de su papel. Derrochó frívolamente la esperanza de todos los mexicanos en un imprudente festival de declaraciones, gracejadas, dicharachos y dispendios. Esas

oportunidades no vuelven. En ese sentido, su pecado de omisión es absolutamente imperdonable. Cada día que pasa, lo corroboramos más. ■■

revueltas@me.com

**Tenemos
así un país
paralizado o,**

**en todo caso,
que se
mueve con
extrema
lentitud
y que no
logra atender
los asuntos**

**más
apremiantes.
Un país
que no
resuelve las
exigencias
fundamen-
tales de sus
ciudadanos**



OMAR MENESES/ARCHIVO